



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 2.º

JUEVES 20 DE MARZO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

EL SIGLO XIX Y LOS HOMBRES CÉLEBRES, por Florencio Ja-  
ner.—EL TONELERO DE NUREMBERG, cuento de Hoffmann.  
(Continuacion.)—COSTUMBRES POPULARES: La Semana  
Santa en Quito.—CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS: La luz  
eléctrica.—LA BALLENA DEL MANZANARES: Cuento, por  
Antonio de Trueba.—EL LOCO DE BAGDAD.—POESÍAS AN-  
TIQUAS: Cántiga inédita del poeta portugués Francisco  
Saa de Miranda.—VARIEDADES.—ANÉCDOTAS.—PENSA-  
MIENTOS.—REFRANES HIGIENICOS.—LOS DIAS DE MARZO,  
por Adela.

## EL SIGLO XIX Y LOS HOMBRES CÉLEBRES.

Rara vez obtuvieron los hombres célebres el premio á que se hicieron acreedores. Si en nuestros días contemplamos el grandioso espectáculo de ver acompañados á la última morada por reyes y magnates, por académicos y repúblicos, los restos mortales de algun español ilustre, en cambio ¡cuántos han terminado la carrera de la vida sumidos en la oscuridad y en la indigencia! Y los que en nuestro siglo parecen mimados de la fortuna, falleciendo entre las consideraciones de los contemporáneos y los honores que les tributa la patria, ¿no han llevado tambien muy á menudo una existencia azarosa, como si el genio estuviese condenado siempre á combatir contra la emulación, contra la envidia y la ignorancia? Ellos son, sin embargo, los que levantan la aureola de gloria con que la patria se ve enaltecida y se honra ante las naciones extranjeras; ellos los que cubren de fecundos recuerdos el pasado del país que les vió nacer; los hombres célebres, en fin, son los promovedores de la civilización, de que tanto blasonan modernamente los estados. Y no obstante de los eminentes servicios prestados por esos seres privilegiados á las ciencias, á las letras, á las artes y á todo lo que constituye el bienestar y la cultura de un pueblo, el inapreciable valor de su mérito se ha puesto á veces en tela de juicio, cuando no se ha atraído la animadversión ó el desprecio.

Miguel de Cervantes, pereciendo sin un pe-

dazo de pan al par que legaba á su país una de las primeras joyas del mundo literario; Cristóbal Colón, ahogado, y pidiendo se encerrasen en su tumba, junto á su cadáver, las cadenas con que se premiaron sus descubrimientos y sus conquistas, son los testimonios mas elocuentes y terribles de la ingratitud de las sociedades antiguas para con sus hombres célebres.

Ciertamente, la posteridad no debiera ser, como los contemporáneos de los grandes hombres, ingrata al contemplar los beneficios de todas clases que de ellos ha recibido; pero á pesar de que nuestro siglo lleva una mision reparadora, son escasos é insignificantes todavía los monumentos levantados en España en testimonio de veneracion y gratitud hácia hombres ilustres de otras épocas. Semejante abandono é indiferencia sirve de pretexto á las naciones extranjeras para apellidarnos incultos y desagradecidos, nota de que debemos relevarnos á toda costa, concediendo honrosas distinciones á la memoria de los hombres verdaderamente célebres é ilustres.

Verdad es que, como indica un escritor contemporáneo, se ha dado en decir que el siglo XIX es un siglo de transición, sin creencias y sin fé; que trae consigo el germen de la filosofía destructora del XVIII; que todo lo profana; que todo lo altera, lo cambia ó lo destruye, sin reconstruir ó crear nunca nada que sirva para llenar el vacío que va dejando en su carrera; y todo esto porque, inspirado de un nuevo sentimiento, y continuando naturalmente la obra de regeneracion comenzada en tiempos anteriores, ha roto con el pasado, y buscando la verdad de todo en la misma naturaleza y en la historia, ha ido anulando una por una casi todas las preocupaciones y creencias de la antigua sociedad. Pero debe pensarse precisamente lo contrario. Debe creerse que en ninguno de los siglos que han precedido al nuestro, ha habido una creencia mas generalizada, ni una fé mas viva, ni una tendencia mas uniforme y mas marcada, que las que ahora sir-

ven de estímulo y de guía al pensamiento y á la accion, unidos en la marcha constante y progresiva de la civilización universal, y en prueba de ello es, que el hombre, que ese ser complejo, á cuyos medros son tan indispensables las creencias como la materia de que dispone, y los goces del espíritu como los que solo se alcanzan por la satisfaccion de las necesidades materiales, se manifiesta hoy por todas partes infinitivamente mas activo, mas inteligente, mas instruido, mas moral, mas unido, mas cristiano, y por consiguiente, infinitamente mas perfecto y mas agradecido que en aquellos llamados tiempos de creencias y de fé, en que todo se gobernaba por la fuerza y era un crimen el pensar.

Pues bien, si el siglo XIX no es lo que se supone por sus detractores, debe reparar la falta de consideracion que los otros siglos han tenido para con sus hombres célebres. Despreciar los nombres ilustres, borrarlos del recuerdo de la vida, es suprimir lo pasado, es rasgar las gloriosas páginas escritas á costa de sangre y de sacrificios en el gran libro de la Historia, es renegar de la fe y de las obras de nuestros antecesores. Si vergonzoso es para nuestro país no contar todavía con un panteon nacional, donde se hallen enaltecidas y al abrigo de la destructora mano de la ignorancia y de la no menos implacable del tiempo, las cenizas de los mas sabios monarcas, de los primeros repúblicos, de los literatos, de los militares y artistas muy eminentes, deben erigirse al menos monumentos en honra de esos hombres y para generoso aliciente de los que puedan seguirles en su brillante camino.

Hoy, por ejemplo, que las banderas españolas se despliegan de nuevo al viento respetadas, sino vencedoras en las lejanas playas en que Hernán-Cortés y un puñado de valientes conquistaron grandes imperios, seria momento oportuno, como ha indicado un aventajado publicista, para recobrar y traer á España las cenizas de aquel héroe. Sus contemporáneos quisieron eclipsar con negra ingratitud la inmensa

gloria de tan afortunado caudillo, pero la posteridad midiendo solo el valor de sus servicios y el renombre tributado por sus atrevidas empresas á la nación que le vió nacer, debe mostrarse pródiga con el tributo de gratitud y consideración que le debemos. No solo deben recobrase las cenizas de Hernán Cortés, sino que debe hacerse mas. Un monumento grandioso levantado en Madrid á la memoria y en honra del famoso conquistador de Méjico, coronado con la estatua de tan insigne español, guerrero á la par que civilizador, seria el mejor tributo de justicia rendido al genio de aquel hombre insigne.

Hernán Cortés, conquistador afortunado y prudente, llevando á cabo las mas arriesgadas empresas en países remotos y desconocidos, seguido de un centenar de fieles soldados, combatiendo contra los indígenas y contra sus mismos émulo que de continuo ponian asechanzas á su vida, es una de las mas grandes figuras del siglo de Carlos V, sobre todo cuando se le considera sumiso siempre á la Monarquía Española, por mas que hubiese conquistado y dominase á su alvedrío vastos territorios. Y no obstante, aquel hombre que tan inmensas riquezas pudo acaudalar y que tan imponderables servicios prestó á España, murió pobre y abandonado, y al verse rechazado de la corte, cuando el emperador Carlos V que no queria escucharle le preguntó quién era, tuvo que proferir estas terribles cuanto verdaderas palabras: *¡Sabed, que soy quien os ha dado mas reinos que ciudades heredasteis de vuestros antepasados!*

No basta imponer el nombre de Hernán Cortés á una calle para demostrar consideración al mérito de un grande hombre. Se requiere algo mas, y esto que se requiere no es del caso que ya para mas tiempo sigan escatimándolo las sociedades modernas al glorioso recuerdo de los hombres célebres.

FLORENCIO JANER.

## EL TONELERO DE NUREMBERG.

CUENTO DE HOFFMANN.

(CONTINUACION.)

### IV.

Maese Martin le vió marchar así con algun pesar, y dijo á Paumgartner, que se disponia tambien á salir:

—¿Sabeis que no puedo esplicarme el aire irritado del digno Enrique Spangenberg?

—Mi querido Martin, replicó el consejero, sois el hombre mejor que conozco, y ciertamente debeis pensar bien de la profesion que os ha procurado honor y riqueza; pero tened cuidado de que este sentimiento no os ciegue al mismo tiempo. Ya esta mañana en la junta de los maestros del gremio habeis hablado de un modo propio para haceros mas de un enemigo. ¿Es generoso el rebajar á los demás, porque vos seais independiente? Ved lo que acaba de sucederos; considerais, sin duda alguna, que lo que ha dicho Spangenberg es meramente una broma, y sin embargo, habeis hablado de la nobleza con la misma dureza que pudiérais haberlo hecho de ambiciosos aventureros. ¿No podiais haberle contestado en términos mas convenientes, puesto que una proposición tal, hecha por él, hubiera debido destruir vuestras preocupaciones mas arraigadas? Os hubierais separado de un modo mas agradable, sin que por ello hubiese quedado nada que pudiera ofender un día ú otro lo que llamais vuestros principios.

—Pero, ¿por qué este hombre me sacaba las palabras de la garganta?

—Pero, sin embargo, continuó Paumgartner, ¿por qué quereis hacer que vuestra hija se case por fuerza con un tonelero? ¿No es violentar las leyes de la naturaleza el querer poner un límite al círculo de afecciones de una jóven? ¿No temeis que eso tenga los resultados mas deplorables para vos y para vuestra hija?

—Sí, conozco ahora, replicó el tonelero, que hubiera debido confesaros la verdad inmediatamente. ¿Creeis que mi resolución de no aceptar por yerno á nadie mas que á un tonelero, proviene de un amor exagerado á mi oficio? No hay nada de eso; es porque tengo un motivo oculto. Sentáos aquí, mi querido Jacobo, y escuchadme mientras bebemos este frasco, que Spangenberg en su mal humor ha dejado lleno. Acercad el vaso, os lo ruego, hacedme este favor.

Paumgartner no comprendia la amabilidad con que le hablaba maese Martin; era una cosa tan contraria á su costumbre, que tenia razon, en efecto, para sorprenderse. Maese Martin no le dió tiempo para pensar en ello, y comenzó la siguiente narración:

—Os he dicho varias veces, que mi pobre mujer murió al dar á luz á Rosa. Vivía entonces con nosotros, si se puede llamar vivir una existencia tal, una anciana parienta, abatida por las enfermedades, y además paralítica. Un día se hallaba Rosa durmiendo, guardada por su nodriza en el cuarto de esta anciana parienta, y yo la contemplaba con una silenciosa melancolía, cuando mis miradas se dirigieron casualmente hácia aquella pobre mujer; pero viéndola tan tranquila é inmóvil, empecé á pensar que no debía compadecerse mucho. Súbitamente noté que su rostro delgado y lleno de arrugas, se teñía de un encarnado subido. Se levantó por sí misma, extendió los brazos, como si se hubiera curado por un milagro, y pronunció estas palabras: «¡Rosa, mi buena Rosa!» La nodriza la dió la niña, y figuráos cuál seria mi sorpresa, cuando oí que la anciana, con una voz clara y vibrante, cantó alguna estrofa de una canción que empezaba así: «Tierna niña de las mejillas rosadas, Rosa mía, escucha mi consejo: si deseas preservarte de las penas y de los sufrimientos, no tengas vanidad y guárdate de los deseos vanos; escucha mis palabras, si anhelas que la flor de la felicidad florezca para tí, y que Dios te conceda su bendición.» Después de terminar su canto, la anciana dejó á la niña en su cuna, y pasando su mano ajada y huesosa por su cabeza de ángel, murmuró algunas palabras, que yo no pude oír, pero que, segun su actitud, debian ser una oración. Luego cayó de nuevo en su estupor, y en el momento en que la nodriza salía de la habitación con la niña, lanzó su último suspiro sin agonía.

—Hé aquí una historia estraña, dijo Paumgartner despues de haber escuchado la relación de maese Martin; pero esplicadme, os ruego, qué conexión puede existir entre el canto de vuestra anciana parienta y el porvenir de Rosa, á quien os proponeis tan pertinazmente casar con un tonelero.

—¿Pero no comprendéis, exclamó maese Martin, que la humildad encomendada á Rosa no puede tenerse mas que con una familia de buenos y honrados artesanos? Por lo tanto, he decidido que Rosa no se casará mas que con un tonelero.

—¿Pero creéis, replicó el consejero, que es conveniente interpretar así unas palabras vanas, en vez de guiarnos por la inspiración de la Providencia, que conoce mucho mejor que nosotros mismos lo que conduce á nuestra felicidad? Os diré, además, que me parece justo y prudente dejar al corazón de vuestra hija el cuidado de elegir un marido digno de ella.

—Todo eso es un disparate, exclamó maese Martin, golpeando la mesa con su puño, os digo y os repito, que Rosa será la mujer del mejor tonelero que yo conozca.

El consejero Jacobo Paumgartner hubiera censurado de buena gana la singular obstinación de maese Martin; pero tuvo la prudencia de contentarse, y levantándose para despedirse:

—Las horas vuelan, dijo á su huésped, vaciemos nuestros vasos: y pongamos término á nuestros coloquios.

Cuando estaban despidiéndose, vieron una jóven con cinco niños.

—¡Oh cielos! exclamó Rosa, que se habia reunido á ellos. ¡Valentin ha muerto, por que hé aquí á su mujer y á sus hijos!

—¿Cómo! exclamó maese Martin. ¿Ha muerto Valentin efectivamente? ¡Qué terrible desgracia! ¡Era el mas diestro y mas celoso de mis oficiales! Dias pasados se hirió á sí mismo con la azuela; la herida se le inflamó, la gangrena vino á aumentar su mal, y el pobre muchacho murió en la flor de su edad.

La desconsolada viuda se acercó entonces, lamentándose de que sus hijos quedaban entregados á la miseria.

—¿Cómo podeis pensar, exclamó maese Martin, que yo os abandone, cuando vuestro marido ha muerto á mi servicio? No, buena mujer; en tanto que maese Martin viva y Dios le conserve su fortuna, todos vosotros formareis parte de mi familia desde este dia. Mañana os instalareis con vuestros hijos en mi granja fuera de la Frauenthor, y yo iré, y os veré todos los dias. Vos tomareis el cargo de dirigir mi casa, y yo cuidaré de vuestros hijos para que lleguen á ser unos artesanos honrados y entendidos; tenéis un padre anciano, que trabajaba bien en su tiempo, aun cuando sus fuerzas no le permitan ya trabajar, puede todavía ser útil, llevadle con vos y sed todos bien venidos.

La pobre mujer sintió tal alegría al oír estas palabras, que estuvo á punto de desmayarse. Maese Martin la estrechó su mano afectuosamente, mientras que los niños, á los que Rosa estaba acariciando, le cogían por todos lados.

El consejero Jacobo Paumgartner no pudo contener dos gruesas lágrimas.

—Maese Martin le dijo al tonelero:

Sois un hombre singular, y cualquiera que sea el humor en que os encontréis, no hay motivo para incomodarse con vos.

Y dicho esto se separaron.

### V.

En una verde llanura, desde la cual la vista se pierde en el horizonte florido, se hallaba sentado un bello jóven con el traje sencillo de labrador. El sol próximo á su ocaso en la púrpura de la tarde teñía de un resplandor rojizo con sus últimos rayos la bóveda del cielo. A lo lejos, las torres filigranadas de la real ciudad de Nuremberg se elevaban en el aire. El silencio reinaba en aquel paisaje desierto. El jóven, cuyo nombre era Federico, se hallaba apoyado en su saco de viaje, y sus miradas parecían interrogar á las profundidades del valle; su mano arrancaba con indiferencia los pétalos de algunas flores, y dejaba que fueran arrastrados por el soplo de la brisa. Sus ojos se entristecían gradualmente, su pecho se levanta dominado por una emoción secreta, y lágrimas brotaban gota á gota de sus párpados entreabiertos. Pero un pensamiento súbito le dió fuerza y valor, porque levantó su cabeza, extendió los brazos como si fuera á abrazar á algun ser querido, y su voz fresca y pura improvisó uno de esos sencillos cantos de amor, que los hijos de la Alemania saben improvisar tan bien.

Cuando hubo terminado su canto, Federico tomó de su morral un pedazo pequeño de cera, le ablandó con su aliento, y formó con él una bonita rosa de cien hojas, y en tanto que hacia esta obra delicada, repetía en voz baja las estrofas de su canto, sin advertir que otro jóven estaba de pie delante de él, examinando su obra con mucha atención.

—Bien, en verdad, amigo mio, dijo el recién venido; es una obra encantadora la que estais haciendo.

Federico levantó la vista, y fijando en el desconocido una mirada tranquila, replicó:

—¿Cómo podeis, señor, hallar mérito alguno en esto que no es para mí mas que un mero pasatiempo?

—Bien, replicó el desconocido, si á la obra que estais haciendo ahora no la llamais mas que un pasatiempo, debeis ser un artista de alta fama. Estoy doblemente satisfecho de haberlos encontrado; me conmovió el delicioso

canto que ahora mismo repetíais aun, y admiro la destreza con que tomáis el ideal de la forma. ¿Hasta dónde pensáis llegar esta tarde?

—Volvia á Nuremberg; pero el sol se ha puesto, la noche está al caer, y pienso buscar un abrigo en el pueblo próximo; mañana al amanecer me pondré en camino para Nuremberg.

—Iremos juntos, exclamó el desconocido. Compartiremos esta noche el lecho y mañana entraremos en Nuremberg.

A estas palabras, Reinaldo, así se llamaba el joven, se sentó en la yerba al lado de Federico y le dijo: ¿sois platero? Supongo, desde que he visto vuestro modelo que en general trabajareis en materiales de oro ó plata.

—¡Ah, mi querido señor! contestó Federico sin levantar los ojos, no soy digno del nombre de artista ni capaz de hacer lo que suponeis. Debo deciros que no soy mas que un pobre artesano, un tonelero, y que voy á Nuremberg con la esperanza de trabajar con el maestro, cuya fama se ha extendido por toda Alemania; en vez de cincelar ó modelar figuras no hago mas que duelas de toneles.

—Bien, exclamó Reinaldo, ¿me creéis bastante necio para desdeñar vuestra profesion? Una confidencia es acreedora á otra; sabed que yo tambien soy tonelero.

Federico interrogó por una mirada á la persona que le hablaba así, pero el traje de Reinaldo se asemejaba poco al de un oficial de tonelero. Era de paño negro y fino, y tenia adornos de terciopelo; una espada ancha y corta pendia á su lado y llevaba en la cabeza un gorro adornado con una pluma flotante. Se hubiera dicho al verle que era algun rico comerciante, y sin embargo habia en toda su persona una singularidad y una libertad estrenada que destruía tal suposición.

Comprendiendo Reinaldo la duda de Federico, sacó de su morral un delantal y una azuela de tonelero, y le dijo: ve aquí, amigo mío, ¿pensarás aun que yo no soy un artesano como tú? Tu sorpresa al verme tan espléndidamente vestido, cesará cuando te diga que vengo de Strasburgo, donde todos los artesanos toneleros están vestidos como príncipes. Antes pensaba con atrevimiento salir del camino ordinario y entrar en la carrera aventurera del arte; pero en el día estoy bien curado de esta manía y no veo nada mas que mi vocacion de tonelero; siempre he tenido en ella mis esperanzas para lo futuro. Pero tú, compañero, ¿á qué arte te dedicas? Tu rostro es triste y tu mirada parece temer lo futuro; te hallabas cantando con una espresion de melancolía, y creo que bajo el dominio de una fascinación singular, tus suaves acentos salieron de mi propio pecho para pasar al tuyo; te diria que me abrieras tu corazón como un libro; ten completa confianza conmigo y puesto que ambos vamos á fijarnos en Nuremberg, formemos entre ambos desde este momento una amistad sólida.

Federico echó los brazos al cuello de su nuevo amigo.

—Sí, exclamó, mientras mas te miro, mas siento aumentarse mis simpatías hacia tí. En el interior de mi corazón vibra una voz que parece contestar al dulce llamamiento de la amistad. ¡Oh! deseo que mi alma se una á la tuya; porque en la vida hay cosas que el corazón solo comprende, penas que él solo tiene medios de endu'zar. Escucha, pues, la historia de los pocos acontecimientos que han tenido lugar durante mi vida. En mis primeros años he soñado para mí mismo la gloria del artista; aspiraba á la dicha de igualarme en el arte de modelar y fundir los metales á maese Pedro Fischer ó á Benvenuto Cellini, hice mis primeros ensayos bajo la dirección de Juan Holzschuer, el platero mas célebre de mi país. Maese Tobias Martin, el tonelero, visitaba frecuentemente á mi maestro y muchas veces llevaba conmigo á su hija la encantadora Rosa; yo llegué á enamorarme de esta joven sin poder explicarme nunca á mí mismo el misterio de esta pasión. Dejé mi país y me fui á Augsburgo para acelerar los progresos de mi aprendizaje, pero

apenas me separé de Rosa cuando tomó posesión de mis pensamientos de tal modo que siempre tengo ante mis ojos su celestial imagen; el trabajo se me hacia penoso; no me ocupaba mas que de estudiar el modo de alcanzar la felicidad que habia soñado; por último, supe que maese Martin habia anunciado que daría su hija al tonelero mas diestro de la ciudad y renuncié á mi vocacion de artista para ser un artesano; ahora vuelvo á Nuremberg para pedir á maese Martin que me admita como aprendiz suyo; pero á medida que me acerco al término de mis deseos y pienso en Rosa, que debe haberse puesto mas hermosa en este tiempo, la timidez y el temor de ser rechazado, me oprimen; porque no sé si soy amado ni aun si puedo esperar el llegar á serlo.

Reinaldo escuchó á Federico con una silenciosa atención y cuando hubo concluido, sus facciones espresaron una ansiedad penosa que trató en vano de ocultar. ¿Es cierto, le dijo, que Rosa no te ha dado nunca una prueba de su afecto?

—Jamás, exclamó Federico. Rosa era una niña cuando yo salí de Nuremberg; puedo suponer sin vanidad que yo no la desagradaba. Cuando cogia para ella las flores mas hermosas del jardín de Holzschuer, me daba siempre gracias con una sonrisa angelical; pero... ¡Eso es un rayo de esperanza para mí! exclamó Reinaldo con una viveza que hizo temblar á su amigo, y al decir esto se enderezó haciendo sonar la espada que tenia al costado al mismo tiempo que sus ojos resplandecieron de alegría.

—Por el amor del cielo, dijo Federico, ¿qué es eso? y ante aquel rostro antes tan dulce y ahora agitado tan violentamente no pudo evitar un estremecimiento y dando un paso hacia atrás, tropezó con el pie en el morral de Reinaldo é hizo resonar una bandurria que estaba en él.

—¡Maldito compañero! exclamó Reinaldo dirigiéndole una mirada salvaje y amenazadora. ¡Has roto mi bandurria! Y sacando el instrumento tocó sus cuerdas con una violencia que hubiera podido romperlas; pero una reacción súbita tuvo lugar en él; recobró su calma, y metiendo la bandurria en su morral presentó su mano á Federico.

—Vamos mi querido hermano, le dijo afectuosamente, vamos al lugar próximo; tengo un remedio seguro para desterrar los fantasmas que pudieran atacarnos en el camino.

Federico y Reinaldo descendieron lentamente el camino que conducía al lugar. Cuando llegaron á la posada, Reinaldo echó á un lado su morral de viajero, estrechó á Federico contra su corazón y estuvo llorando largo tiempo.

(Se continuará.)

## COSTUMBRES POPULARES.

### LA SEMANA SANTA EN QUITO.

Quito, capital de la república del Ecuador, es una ciudad bien construida con varias plazas hermosas, una catedral, un mercado y los palacios del presidente de la república y del arzobispo católico romano. No deja de tener ciertas pretensiones á que la consideren como una ciudad culta, y lo es en efecto, pues tiene universidad y biblioteca, y mantiene relaciones comerciales de alguna importancia con la América central por medio de Guayaquil, esportándose algodón, efectos de lana, puntillas y encajes, medias, joyería, y una gran cantidad de paños y otros productos agrícolas.

Como puede suponerse; los indios forman una buena parte de la población de Quito, y siendo no poco singulares sus costumbres, por mas que procedan y traigan origen de antiguas prácticas españolas, creemos curioso reseñar con brevedad algunas de ellas. Sean por ejemplo las costumbres populares puestas en práctica durante la Semana Santa, costumbres que revelan la fe de los indios, su humildad y el ascendiente que sobre ellos tomó la esclencia de la religion de sus conquistadores, al mismo tiempo que su afición y entusiasmo por los es-

pectáculos que se despliegan con singularidad y magnificencia.

Durante la Semana Santa es cuando se ve una clase especial de penitentes vestidos de un modo muy notable; estos son los llamados *cucuruchos*. Su traje consiste en un vestido muy largo y un gorro cónico muy alto, que frecuentemente llega á los pisos segundos de las casas: traje que debe probablemente su origen á alguna costumbre india olvidada hace largo tiempo. Si á los indios mas ancianos los preguntan qué significacion tiene el traje de los cucuruchos, contestarán que vistiéndose así dan muestra de respeto religioso y procuran ahuyentar al diablo. Algunas personas de la parte blanca de la población adoptan en estas ocasiones este traje y pasean humildemente las calles descalzos, conservando su rostro cubierto y pidiendo limosna.

Penitentes con las espaldas desnudas, armados de varas y látigos, cruzan las plazas públicas azotándose así sus carnes, y por la noche tambien se reúnen en las iglesias, donde en una oscuridad profunda se golpean unos á otros con notable violencia.

A las cinco de la tarde del viernes Santo, tiene lugar una gran procesion; las imágenes de Cristo, los Apóstoles, Pilatos, etc., son conducidos por las calles, precedidas de una música que toca aires lúgubres. Un año ocurrió un incidente gracioso, en medio de la solemnidad de la fiesta. Cayó un chaparrón tal, cuando la procesion iba por la calle del Correo, que hubo que buscar un abrigo para los santos; todos los vecinos de la calle animados de plausible fervor religioso, ofrecían recibirlos en su casa; únicamente la efígie de Judas fue rechazada en todas partes, y el buen indio que la llevaba se vió muy apurado. La figura del Apóstol traidor, que era de bastante valor, cayó en el arroyo en la pelea y fue arrastrada por el agua al río Manchagara que en su curso la hubiera llevado al río de las Amazonas sino la hubiesen salvado á tiempo.

El sábado de Pasión es costumbre de todos los buenos habitantes de Quito, hacer una peregrinación á Sejar, donde está el cementerio principal de la ciudad. En el camino que conduce á este lugar de reposo, se encuentran á cada cinco pasos penitentes que se han hecho atar en cruz con cuerdas muy apretadas, teniendo sus brazos estendidos de un modo sumamente penoso; á esos indios los llaman *chara talca*, que en idioma de los incas significa el buen ladrón. Pero en Latacunga andaban á veces desnudos con solo una especie de túnica de hojas de aloe, lo cual hacia que su cuerpo estuviera manchado de sangre por la maceración y que fueran dejando una huella sangrienta por donde pasaban; sus brazos estaban atados á una enorme viga de balsa (alcornoque) que aunque su peso no era mucho, no por eso era menos incómodo y fatigoso en un largo trayecto, y en este estado de tormento voluntario acompañaban la procesion.

Todas las festividades, dice un viajero, suelen ser perjudiciales para la clase de los indios; hasta los mas pobres rivalizan entre sí para desplegar cierto lujo por el momento de placer producido por haber sido honrado una sola vez con el título efímero de presidente de la fiesta, ó como dicen en el país *prioste*. Dirige la procesion vestido con el traje completo de alcalde y acompañado de dos muchachas con vestidos blancos, que llevan los cordones de la bandera; el señor alcalde va entre dos niños con trajes de ángeles.

La corporación de los barberos, en la cual todos son indios, eclipsa á todas las demás en las fiestas de la Pascua. Los que pertenecen á ella llevan una especie de chaleco rayado y unos cuellos de grandes dimensiones y muy almidonados. Van muy peinados y con el pelo muy pegado á la cabeza con pantalones sumamente estrechos, y caminan con aire grave y magestuoso llevando en la mano el incensario.

Estos barberos representan la aristocracia de la casta india; de entre ellos se eligen los alcaldes indígenas, autoridad que no cambiaria



Procesion de Semana Santa en Quito.—Los cucuruchos.

su baston de puño de plata por el baston de un general; tal es el orgullo que los inspira. Se dice que hay algunos barberos indios tan bien educados que saben leer, cosa de la cual no podría jactarse ninguna otra de las corporaciones indígenas.

El lunes de Pascua los penitentes de toda clase quedan satisfechos con sus expiatorias acciones, y cambian la pasada tristeza en alegría. La maceracion y el ayuno han tenido sus dias, las campanas tocan á vuelo y las procesiones tienen un carácter completamente distinto del que tenían en la semana anterior. Las casas de los ricos están colgadas de preciosas telas de seda y las

de los pobres con telas de colores alegres, mientras que en cada calle se levantan arcos triunfales. El presidente de la república y todos los individuos del gobierno asistían á esta gran ceremonia. Esta variedad de colores, de trajes y de razas que presenta desde el salvaje medio desnudo, hasta el elegante americano, produce un espectáculo de mucha novedad. Los balcones están llenos de gente de la aristocracia local, especialmente de la parte femenina de ella, que arroja flores á las santas imágenes cuando pasan por debajo de los balcones, y así terminan en Quito la festividad de Semana Santa y la de Pascua de Resurreccion.

## CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS.

## LA LUZ ELÉCTRICA.

Muy rara vez sucede que una invencion destinada á producir grandes mejoras en la economía de las sociedades, pueda realizar sin costosos y sucesivos esfuerzos las numerosas esperanzas que suelen concebir desde luego, ya el inventor mismo, ya el público que des á utilizar los beneficios de ella; y esto consiste en que las dificultades que presenta la realizacion de toda idea fecunda en resultados, están por lo general en proporcion con las ventajas que ha de producir; ley implacable que tiene por objeto mantener á la humanidad en los límites del orden, imponiéndola la necesidad del trabajo, siempre que el ardor de sus deseos la impelen á buscar en la realidad ese *absoluto* que solo el entendimiento es susceptible de concebir. Por eso puede decirse con verdad, que la historia de los grandes descubrimientos es el martirologio de los inventores.

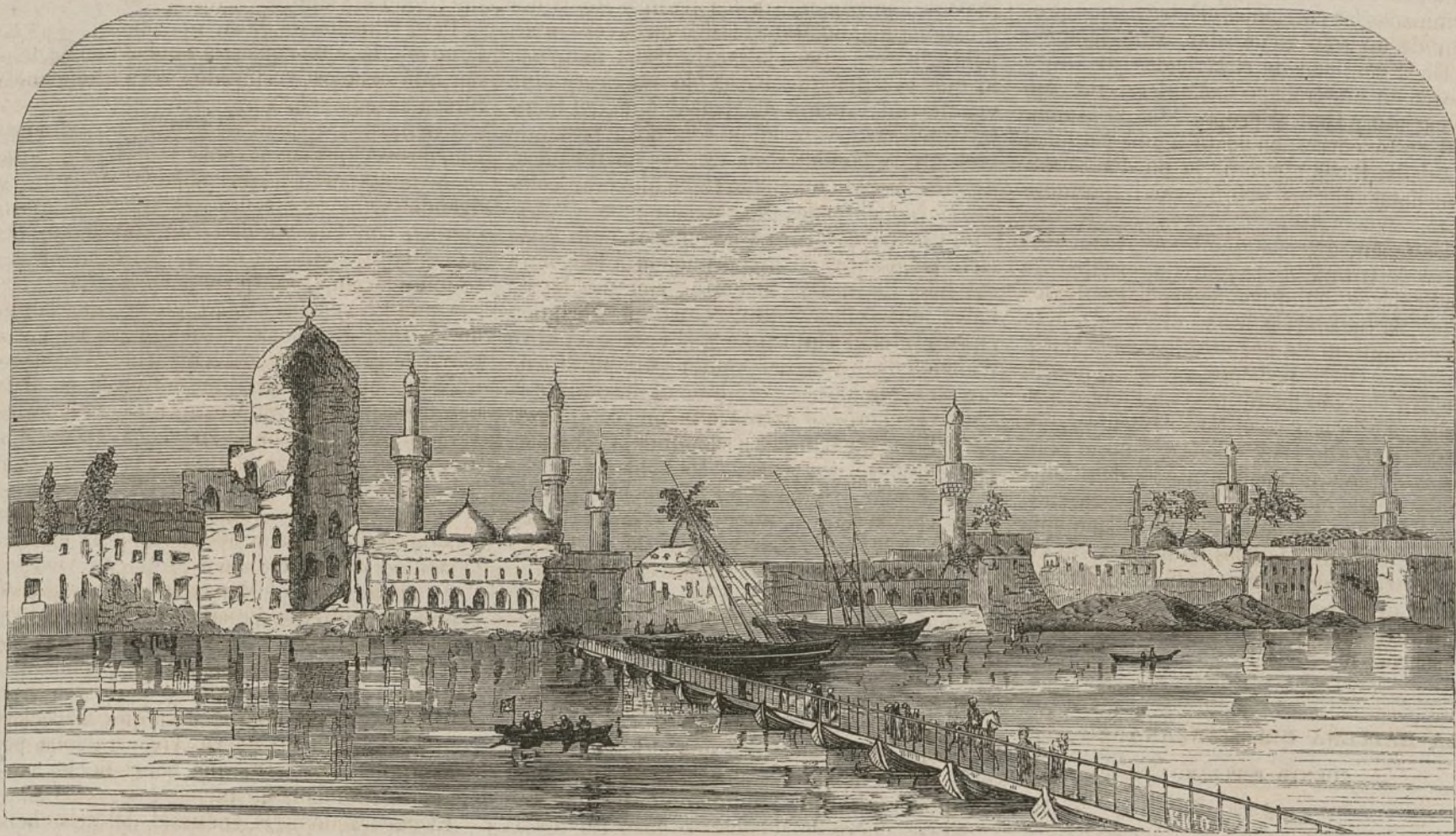
Muchas son las personas que se han dedicado á resolver el dificultoso problema de aprovechar la electricidad para el alumbrado: una de ellas, entre otras, se propuso nada menos que iniciar su descubrimiento, iluminando toda la distancia que media entre Douvres y Calais; pero esta aberracion tuvo el resultado que debia esperarse.

El obstáculo principal, el que ha frustrado muchas ingeniosas combinaciones, ha sido la fijeza de la luz eléctrica de dos faces distintas; porque no bastaba, en efecto, que desapareciera la causa que producía tan frecuentes chispazos en los focos de esta naturaleza, sino que era preciso que la corriente eléctrica generaliz no estuviera sometida á perturbaciones mayores, producidas por la inconstancia de los elementos de la batería empleada.

A principios del año 1856, los diarios de Lyon dieron cuenta de los experimentos hechos en aquella ciudad, sobre un nuevo sistema de alumbrado por medio de la electricidad, y anunciaron que el resultado habia sido completamente satisfactorio. Desde entonces, los inventores han ido simplificando y perfeccionando el material destinado al objeto, y el domingo, 26 de octubre del mismo año, sorprendieron agradablemente al público de París iluminando por espacio de cuatro horas una gran parte del magnífico paseo de los Campos Elíseos, por medio de cuatro lámparas foto-eléctricas, colocadas en lo alto del Arco de Triunfo, situado en la parte estrema y mas elevada de dicho paseo. Hé aquí la descripcion de las citadas lámparas.

Como en todos los sistemas conocidos hasta ahora, el aparato de alumbrado se compone, en general, de dos conductores que parten de un generador de electricidad dinámica y llevan en su otra estremidad dos pedazos de carbono que se encienden al aproximarse, hasta producir una claridad intensa; esta claridad puede proyectarse en seguida en cualquiera direccion, por medio de un espejo unas veces parabólico y otras esférico, segun sea el espacio en que se quiere condensar la luz. La dificultad principal hasta aquí provenia ordinariamente de la distancia muy desigual que guardan entre sí las dos puntas del carbono, á consecuencia de su combustion, sin que los artificiosos medios ideados para obviarla, produjeran otro resultado que el de reemplazar el número de las chispas por su intensidad. Pues esta dificultad ha sido vencida por una combinacion tan ingeniosa como sencilla.

Supóngase que el carbono superior está fijo y que el conductor que lleva el carbono inferior se halla móvil y sostenido por medio de un flotante sobre cierta masa de mercurio, y se percibirá fácilmente que es posible, valiéndose de un artificio que eleve en tiempo oportuno el nivel de este líquido conservar ó al menos restablecer, con la frecuencia que sea menester, la distancia que existia primitivamente entre las dos puntas. Pues bien, este



Vista de Bagdad con su puente sobre el Tigris.

artificio no es otro que la misma corriente eléctrica, y ahora vamos á ver cómo la han utilizado los inventores.

El mercurio de que hemos hablado, se halla contenido en un cilindro recipiente que comunica con un receptáculo colocado mas lejos y encima del nivel del flotante. La comunicacion entre ambos vasos se abre ó cierra por medio de un tapon de cautchuc, que está unido al mismo tiempo á un resorte de acero y á un armazon de hierro de un pequeño electro-iman. La corriente eléctrica, procedente de la batería, hace desde el principio equilibrio á la tension del resorte; pero á medida que los pedazos de carbono se gastan por efecto de la combustion, la distancia entre las dos

estremidades de los conductores se aumenta, disminuyendo por lo mismo la corriente, con lo cual la fuerza del resorte predomina sobre la de la armazon. Hé aquí lo que sucede entonces: atraído el tapon por el resorte, abre la comunicacion entre los dos vasos, y deja pasar una pequeña cantidad de mercurio que hace subir el flotante, hasta tanto que, por la aproximacion que resulta entre ambas puntas del carbono, prevalece la intensidad de la corriente sobre la tension del resorte, cerrando á su vez el tapon.

Este movimiento automático es, sin disputa, el mas original é ingenioso en el sistema de los inventos, pues con él se mantienen constantemente las dos puntas á una distancia uni-

forme, permitiendo que corra de una manera continua del receptáculo superior al cilindro recipiente, un hilo imperceptible de mercurio que eleva gradualmente el nivel primitivo á toda la altura correspondiente á la cantidad de carbono consumido. Asi ha quedado resuelta una de las facies de la cuestion de la *fijeza*.

Por lo que respecta á la segunda faz, ó sea la inconstancia que proviene de los elementos de las pilas, la encontramos resuelta no menos felizmente por medio del aparato auxiliar que los inventores llaman *regulador electro-métrico*. Como la idea que ha guiado en esta nueva cuestion tiene gran analogía con la que acabamos de describir, nos concretaremos á decir que la precision de este segundo aparato



Penitente indio en Quito.



El prioste y los dos ángeles.

PROCESION DE SEMANA SANTA.

permite, no solamente dividir en intensidades determinadas las corrientes eléctricas que provienen de un solo generador, sino también apreciar la cantidad de electricidad dinámica empleada en un trabajo cualquiera. Por eso sería curioso y fácil al propio tiempo examinar el coste correspondiente á una cantidad de luz dada. Hasta ahora no se pueden suministrar datos ciertos sobre este importante asunto.

En resumen, diremos que los experimentos del Arco de triunfo de la Estrella, nos parece que resolvieron definitivamente, bajo sus dos aspectos, la fijeza de la luz eléctrica, y que lo único que aun queda por estudiar es la parte económica. ¡Ojalá podamos anunciar pronto que se han vencido los últimos obstáculos que se oponen á este progreso! No solamente están interesadas en ello las ciudades, sino la gran navegacion que tan rápidamente se desarrolla en el día, y á la cual, mas que á otra alguna, aprovechará este adelanto, por lo mismo que ella es la que trasporta á los hombres y sus riquezas al través de los escollos, archipiélagos y canales, que en su mayor parte se hallan hoy aun tan mal alumbrados como en tiempo de los bárbaros.

### LA BALLENA DEL MANZANARES,

CUENTO POPULAR.

#### I.

La moral de este cuento es que lejos de ser cierto aquel latín de *vox populi vox Dei*, el pueblo es un bobalicon que comulga con ruedas de molino y de una pulga levanta una mula. Vean ustedes si en los cuentos cabe moral á pesar de que dice uno de los héroes de Fernán Caballero ¡que son reideros y nada mas! ¡Reideros! porque lo fuera este daría yo toda la moral que contiene.

Pero dejémonos de paja y al grano, al grano, que la paja tal vez la quiera Alvar el del Portillo Gilimon.

Érase allá por el tiempo de no sé qué rey, y á la sazón estaban en todo su auge los órganos de Móstoles.

Digamos antes de todo lo que eran estos celeberrimos órganos.

En Móstoles, villa situada tres leguas al Poniente de Madrid, había un gran cosechero de vino que ganaba el oro y el moro con la venta al permenor del rico producto de sus viñedos que ocupaban todo el terreno de dos leguas que se estiende entre Móstoles y el rio Guadarrama.

La plaza de Móstoles declina de Poniente á Oriente y nuestro cosechero tenia en la manzana de la parte alta su bodega, y en la manzana de la parte baja el despacho de vino.

Este despacho consistia en un gran salon lleno de bancos y mesas, y el vino de la bodega se trasladaba á él por una serie de tubos que pasaban por debajo de la plaza y remataban en el despacho, semejando la tubería de un órgano.

Los precios y las calidades del vino eran tantos como tubos tenia el órgano, de lo cual se colige que aunque el órgano no fuese de catedral, los bebedores tenian una viña con tener tanto en qué escoger. Así era que, particularmente los dias festivos, el camino de Madrid á Móstoles, era una romería.

Los que venian eran el mas triste ejemplo de la degradacion á que puede llevar el vino á la humanidad; pero los que iban, á pesar de que veian y aun oían este triste ejemplo, no se volvian atrás.

En vista de esta prueba histórica de la inutilidad del ejemplo, ¡quién demonios se rompe los cascos por engalanar sus cuentos con ejemplos ni moralejas!

La historia de los órganos de Móstoles conigna, sin embargo, una cosa muy consoladora para los que ansiamos tener fe en la bondad de la humanidad. Una legua antes de llegar á Móstoles, está el pueblecillo de Alcorcon,

cuya existencia, segun la tradicion y la etimología, se remonta á los tiempos de la dominacion mahometana. Habia en Alcorcon un pobre alfarero que solo sacaba de su industria lo que le valia una carga de pucheros que vendia cada semana en Madrid, y aquel hombre que conservaba buen sentido á pesar de vivir á una legua de los órganos de Móstoles, dijo un dia para su coeto (creo que eran coetos los que entonces se gastaban):

—Un dia con otro pasarán por aquí doscientos hombres en peregrinacion á la ermita del Dios Baco. Por lo corto, siempre ha de haber entre ellos veinte y cinco que abriguen en su pecho el santo amor á la familia, y si yo pongo á la orilla del camino un puesto de jarras y pucheros, venderé al dia veinte y cinco pucheros ó jarras que me comprarán para llevar un trinquis á su familia. Probemos, pues, que me voy á poner las botas.

En efecto, se puso las botas el alfarero, pues vendia tantos pucheros y jarras como sacaba á la venta, en vista de lo cual todos sus vecinos se metieron á alfareros, y de aquí viene el haber dado á Alcorcon la alfarería tanta fama como á su vecino Móstoles los órganos.

Es, pues, altamente consoladora y honrosa para la humanidad la deducccion que de esto se saca: el amor á la familia está tan agarrado al hombre, que por mas que el hombre haga eses y se le doblen las piernas y no pueda con su alma, ese santo y sublime amor no se le cae.

El cosechero de Móstoles se hizo un dia la siguiente reflexion muy triste para la humanidad madrileña:

—Los madrileños que no vienen á soplar en mis órganos, no vienen porque están seguros de que si vinieran, soplarían tanto, tanto, que no podrian volver á casa por su pie siendo el camino tan largo. Acortemos el camino y habremos vencido esta dificultad. Y ¿cómo le acortamos? Muy fácilmente: poniendo una sucursal de mi bodega en el puente de Segovia á donde acudirán todos los que no se atreven á venir á Móstoles. Los que vienen seguirán viniendo por la sencilla razon de que en Móstoles no hay rio y en el puente de Segovia sí.

En efecto, el cosechero puso (no digo que organizó porque la sucursal no tenia órganos) una sucursal en el puente de Segovia, y empezó á acudir á ella un gentio inmenso á pesar de que por allí pasaba el rio.

Repito, pues, que el vino no se trasladaba al despacho del puente de Segovia por medio de tubos como al despacho de Móstoles, sino por medio de cubas, que segun iban desocupando, iba el encargado de la sucursal amontonando en una praderita que mediaba entre la sucursal y el rio.

Los parroquianos decian que desde que se estableció la sucursal un poco mas abajo del puente de Segovia, el rio llevaba menos agua que por el puente de Segovia por el puente de Toledo; pero ¡eh! ¿quién hace caso de borrachos?

#### II.

En el portillo de Gilimon, mirador mucho mas modesto que el de las Vistillas, pero desde el cual se descubren perfectamente las riberas del Manzanares, desde el puente de Segovia hasta las últimas praderas del Canal, vivia por aquellos tiempos un tal Alvar que gozaba de gran celebridad en Madrid.

Alvar era la verdadera Gaceta de la villa: no habia incendio, ni asesinato, ni robo, ni paliza, ni casamiento, ni bautizo, que él no supiera antes que los incendiados ó los asesinados, ó los robados, ó los apaleados, ó los casados, ó los bautizados.

Dar el primero una noticia triste ó alegre era para Alvar la felicidad suprema.

Ver Alvar desde su ventana que daba al paseo de los Melancólicos, que un ladronzuelo arrebatara la capa á un melancólico y salir desempedrando las calles del Madrid del Sur, pregonando el robo, no para tener el gusto de que acudiesen á perseguir al ladron, sino para

tener el gusto de dar la noticia antes que nadie, todo era uno.

Pero la manía de Alvar no consistia solo en la novelería, que consistia también en pretender que sus ojos, ó su oído, ó su inteligencia nunca se equivocaban.

Una tarde, víspera de San Isidro, discurrían dos vecinos suyos sobre si al dia siguiente se le mojarían ó no las polainas al santo, y oyendo Alvar la disputa, se acercó á dar su opinion con la seguridad con que siempre la daba: su opinion era que al dia siguiente no se le mojarían al santo las polainas.

Como los vecinos sabian que el santo labrador es tan aficionado á solemnizar su fiesta mojando la tierra como los madrileños á solemnizarla mojando la palabra, pusieron en duda el pronóstico de Alvar y este, que era soberbio y vanidoso á mas no poder, cogió tal berrinche que á poco mas la emprende á palos con los vecinos.

Una hora despues empezó á llover á mares, y no lo dejó en toda la noche con gran mortificación del desmedido amor propio de Alvar.

Al amanecer, el Manzanares bramaba de coraje por no tener á mano á los que le habian llamado aprendiz de rio y otras picardías por el estilo, y Alvar se plantó de pechos á la ventana para ver la riada y para ver si el Manzanares hacia alguna cosa que mereciera contarse, pues el pobre Alvar rabiaba por desquitarse del fiasco que habia hecho metiéndose á almanaquista.

El encargado de la sucursal del cosechero de Móstoles oyó aquella misma mañana, un gran ruido hacia la praderita interpuesta entre su ventorrillo y el rio, y al asomarse á la ventana vió que el rio acababa de invadir la pradera y se llevaba las cubas vacías.

De dos saltos se plantó á orilla de la furiosa corriente, y empezó á hacer sobrehumanos esfuerzos á ver si podia salvar las cubas; pero las cubas continuaban navegando rio abajo.

El tabernero ya junto al puente de Toledo, cuando iba perdiendo toda esperanza de rescatarlas y se cansaba de seguirlas, vió á la orilla opuesta á dos de sus mejores parroquianos y les hizo señas para que se lanzaran al rio á detenerlas; pero los parroquianos le contestaron también por señas que no se atrevían. Era tal el ruido del rio, que no era posible entenderse mas que por señas; pero el tabernero creyendo que aquel par de borrachos no se resistirían á lanzarse al agua, si les decia que del agua sacarian vino, empezó á gritarles con toda la fuerza de sus pulmones: —¡Una va llena! ¡Una va llena!

Oír Alvar este grito, exhalar otro de sorpresa y alegría, y lanzarse á la calle, todo fue uno. En cuatro minutos recorrió el barrio gritando:

—¡Una ballena en el Manzanares! ¡Una ballena!

Y en seguida tomó la puerta de Toledo y corrió hacia el rio para tener la gloria de ser el primer madrileño que viese la ballena que bajaba por el Manzanares.

Entre tanto, Madrid estaba alborotado porque aquella sorprendente noticia habia corrido con la celeridad del relámpago desde la puerta de Toledo á la de Santa Bárbara, desde la puerta de Alcalá á la de Segovia, y desde el Salitre á las Maravillas.

Y el pueblo de la coronada villa del oso, armado de escopetas, de redes, de hachas, de ganchos de traperos, de piquetas, de espaldas, de agujas de enjalmar, de leznas, de cuchillos, de navajas de Albacete, de navajas de afeitar, de sierras, de demonios colorados, aflua en inmenso tropel, estrujándose y pisándose y despachurrándose hacia el Manzanares, cuyos bufidos creia ser los del enorme cetáceo.

Alvar que llegó á la orilla del Manzanares un poco antes que los dos mas ligeros, vió al tabernero que habia anunciado la aparicion de la ballena, al pie de un gran ribazo contemplando sus cubas que desaparecian allá á lo lejos entre los tumbos de la corriente.

—¿Por dónde va la ballena? le preguntó con ansia indecible.

—¿Qué ballena? replicó el tabernero.

—¡Otra te pego! ¿No has gritado que iba por el río abajo una ballena?

—No hay tales carneros. Lo que yo he dicho es que de las cubas que me lleva el río una va llena.

—¡Rayo de Dios! exclamó Alvar bramando de cólera. ¡Yo te enseñaré á no pronunciar la V como se pronuncia la B! ¡Toma y anda á burlarte de la cabra de tu madre!

Y enarbolando el baston empezó á medir las costillas al tabernero que gritaba:

—¡Socorro! ¡que me matan! ¡que me dan de palos!

En aquel instante asomaron al ribazo los dos primeros curiosos de las inmensas turbas que se agolpaban hácia el río.

—¿Quién da ahí de palos? preguntaron los segundos que no alcanzaban aun á ver el sitio de la paliza.

—Alvar da, Alvar da, contestaron los que lo veían.

Y esta voz, con una pequeña modificación, recorrió en un instante la multitud hasta la puerta de Toledo.

La pequeña modificación consistía en haberse convertido la frase Alvar da, en el sustantivo (¡Dios nos libre!) Albarda.

El pueblo de la villa del oso tornó inmediatamente á sus hogares reconociendo que merecía confinarse á un madroño por haber creído que el Manzanares arrastraba una ballena cuando arrastraba una albarda.

Y cuentan que el mismo Alvar formó desde aquel día tan pobre idea de sí propio, que cada vez que oía á las verduleras de Leganés decir: ¡Arre borrico! lo tomaba por una alusión personal.

No sin razón sospechábamos que pudiera convenirle la paja con que va techado este cuento.

ANTONIO DE TRUEBA.

### EL LOCO DE BAGDAD,

Ó LAS AGUDEZAS DE BAHALUL EL MEGUN.

Bahalul, cuyas graciosas y acertadas respuestas le valieron el nombre de *al megun*, esto es, *el loco*, mereció por sus ingeniosas contestaciones, por su humor siempre festivo, por sus dichos agudos y sentenciosos, la confianza y la amistad del poderoso califa Harun-Al-Raschid, que le permitía tomase en su corte todo género de libertades.

Llamóle un día el califa y le encomendó que con prontitud y acierto escribiera el catálogo de todos los locos de la corte de Bagdad.

«Es imposible, contestó Bahalul; pero ordenadme que escriba la lista de todos los sabios y os obedeceré en seguida.»

Una vez, queriendo burlarse de él un vecino de Bagdad, vino á decirle que el califa acababa de comisionarle para reunir todos los osos, los lobos, ciervos y monos de su imperio. —«Pues entonces, contestó Bahalul sin vacilar, venid vos mismo á recibir mis órdenes, porque desde luego sois uno de mis vasallos.»

Entraba cierto día Bahalul en el salón donde daba audiencia el príncipe, y viendo desocupado el trono se sentó en él con mucha gravedad. Apercebirle los porteros y echarle de allí sacudiéndole con sus bastones, llenándole de improperios, todo fue obra de un momento. Pero Bahalul comenzó á llorar y dar voces, en tales términos, que acudiendo el califa preguntó qué motivo tenía para quejarse y alborotar de aquel modo. —«¡Ah, señor! contestó Bahalul, no lloro por los golpes que me han dado, sino por el sentimiento que tengo por vos, pues si á mí por solo una vez que me he sentado en el trono durante mi vida, he sido apaleado, ¿cuánto no os tendrán que castigar á vos que venís á ocuparle todos los días?»

El mismo monarca, que le apreciaba mu-

cho, le dijo otro día: —«Bahalul, ¿cómo es que no te casas como los demás hombres? Si lo hicieras, tendrías una excelente compañera que cuidaría de tí, y no vivirías solo y aislado como los animales feroces. Ya sabes cuánto me intereso por tí, y para probártelo de nuevo voy á darte una esposa, joven y hermosa como un ángel, y tan rica que te hará feliz por toda la vida.»

Abrumado Bahalul con estas razones, y no atreviéndose á contradecir al califa, consintió en casarse, y terminadas las ceremonias de la boda se retiró con su linda esposa al aposento que les habían preparado. Pero apenas había entrado en él cuando sale precipitadamente y huye fuera de las puertas de Bagdad corriendo como un loco por el puente de barquichuelos que atraviesa el Tigris. Noticioso el califa le manda buscar por todas partes, le encuentran y le conducen á su presencia. —«¿Por qué has abandonado á tu inocente y enamorada esposa? le pregunta Harun-Al-Raschid.» —«Señor, contesta tímidamente el loco de Bagdad, vos me habíais prometido al darme una compañera que hallaría á su lado todas las dulzuras de la vida. Pero lejos de esto, mis esperanzas se han visto fallidas. Tan pronto como me he quedado solo con ella me ha parecido oír sinnúmero de voces, de las que la una pedía un traje, otra babuchas, otra velos y adornos, almohadones y perfumería, otra dulces y toda clase de alimentos, riendo unas veces y otras llorando, por lo cual el medio mejor de recobrar la tranquilidad perdida ha sido indudablemente abandonar mi esposa. ¿Qué sería de mí el día en que me viese rodeado de numerosa familia?»

### POESIAS ANTIGUAS.

CÁNTICA INÉDITA DEL POETA PORTUGUÉS FRANCISCO SAA DE MIRANDA.

Quánto mal m'era ordenado;  
Los bienes con q' nascí  
Los unos me han desechado,  
Otros son ya contra mí.

De la mi alma no sé,  
No sé de mi corazon,  
A la fuerza no hay razon,  
Cud' uno tras vos se fué.

Vida, memoria y cuidado,  
Sentidos q' á vos erguí,  
Estos nunca me han dexado  
Por serem mas contra mí.

(Biblioteca Imperial de París.—  
Ms. del año 1364.—N. 8,294.)

### VARIEDADES.

LA VEJETACION BAJO LAS LATITUDES ELEVADAS DEL NORTE DE EUROPA.

Un viajero americano, Mr. Bayard Taylor, acompaña la narración de una escursión que hizo hace poco á las costas de la Noruega, con los siguientes curiosos datos que sin duda serán leídos con interés.

«Me llamó particularmente la atención, dice, el progreso rápido del verano que, en este país, recorre á grandes pasos su carrera. En las islas Laffoden, las patatas estaban en flor y el centeno y la cebada habían ya llegado á la mayor madurez. En gran número de departamentos, la yerba para el ganado estaba ya segada y secándose en las cámaras; el verdor de los bosques y de las praderas ostentaba las ricas y oscuras tintas propias de los países meridionales. Con ayuda de este rápido desarrollo cultivan con buen éxito las mas vigorosas variedades de vegetales. Un habitante del país me refería que en Kaafard (bajo una latitud de 70 grados Norte) los guisantes y las habas habían crecido en 24 horas tres pulgadas y que, á pesar de haber sido plantadas seis semanas despues que los de los alrededores de Chris-

tiania habían madurado en la misma época. Comparados con tales hechos, ¿que son las maravillas tan ponderadas de la vegetación en los trópicos?

EL CULTIVO DE HORTALIZA EN LAS CERCANÍAS DE LÓNDRES.

En las inmediaciones de Lóndres hay, lo mismo que en París, grandes huertos que producen la mayor parte de las verduras y frutas que se venden en sus respectivos mercados. En los alrededores de Lóndres hay 4,800 hectáreas de superficie destinadas á la horticultura y en ese terreno vegetan unos 2,000 árboles frutales. Es tanto el esmero con que cuidan esos huertos que llegan á dar cuatro ó cinco cosechas al año. Fuera inútil buscar ni una yerba mala; aun mas: examinan tan escrupulosamente las plantas, que hasta las despojan de las partes que crecen en ellas inútiles. Para la destrucción de ciertos insectos tienen en los huertos gallinas calzadas con una especie de medias para que no puedan escharbar la tierra y tambien una clase de sapos que los compran á seis shillings la docena, con el mismo objeto de destruir los insectos.

Se cree que hay unas 35,000 personas ocupadas en la horticultura, sin contar los individuos que ó bien en las provincias ó bien en el continente se dedican únicamente á surtir á Lóndres de frutas y verduras, pues la importancia de esos artículos es muy considerable y se calcula que no baja de 70,000 el número de valizas de verduras y frutos que llevan á Lóndres todos los años las diferentes líneas de ferro-carriles.

LA PROCLAMACION DE LOS REYES ARABES.

Como todo lo que se refiere á los árabes españoles parece que se presenta á nuestra imaginación con el interés que ofrece la poesía y la esplendidez de las costumbres orientales, no dejará de recordarse con gusto el singular y solemne aparato que se desplegaba en la proclamación de los reyes granadinos. La alta nobleza acudía á la Alhambra, y esperaba en el salón régio al príncipe sucesor; presentábase este ricamente vestido y cubierto con un manto de púrpura, é inclinándose sucesivamente sobre cuatro banderas tendidas en el suelo hácia los cuatro puntos cardinales del globo, deteníase sobre la de Oriente, y recitaba una plegaria del Corán; despues juraba en alta voz y ante toda la asamblea defender hasta morir á su ley, á su reino y á sus vasallos. Acabado el juramento, uno de los magnates postrábase de rodillas y besaba en nombre de todos y en señal de obediencia la tierra, donde la real persona asentaba la planta; en seguida elevaban los reyes de armas el grito de «Dios ensalce al rey nuestro señor,» y besábanle la mano los circunstantes. Por último, el aclamado cabalgaba en un magnífico caballo, y precedido de los escuadrones de su guardia, y rodeado de cortesanos y de servidumbre régia, paseaba las calles de la ciudad, preparadas con vistosas colgaduras, y recibía los parabienes del pueblo.

### ANÉCDOTAS.

Topó una noche un alguacil á uno que venía muy embarazado. Preguntóle: ¿Qué armas llevais? Respondió: Señor, un puñal. Desembozándole halló que era un jarro de vino: bebióselo el alguacil todo, y dióle el jarro vacío, diciendo: Tomad, que yo os hago gracia de la vaina.

Decía un soldado: No me enojeis, que os echaré tan alto, que temais mas el hambre que la caída.

### PENSAMIENTOS.

Los que siempre alegan sentencias de otros, son como los clavos gordos, que no saben en-



Modas italianas.



Las flores de moda.—La Camelia.

trar, sino por el agujero donde entra la barrena.

JUAN DE FIGUEROA.

Los que refieren noticias de tierras extrañas son como los pobres, que traen ropas remendadas, que son mas los remiendos que añaden de viejo, que no el paño principal de que se hizo la ropa.

JUAN DE URBINA.

Necio es el que no sabe hacer una copla, y loco el que hace dos.

ALVAR PEREZ DE GUZMAN.

#### REFRANES HIGIÉNICOS.

Cada uno donde es nacido,—bien se está el pájaro en su nido.

Haz la puerta al solano,—y vivirás sano.

Ni mesa sin pan,—ni ejército sin capitán.

Quien se viste de ruin paño, dos veces se vista al año.

Si quieres tener buena fama,—no te dé el sol en la cama.

Quien es amigo del vino,—enemigo es de si mismo.

#### LOS DIAS DE MARZO.

El mes de marzo, que recordaba al nacer los trajes de máscara y la bulliciosa algazara de los días de Carnaval, de pronto ha tomado el aire grave y macilento de penitente contrito. No poco ha contribuido á ello la inconstancia del tiempo, que así ha impedido con sus continuas metamorfosis la concurrencia á los templos como á los grandes conciertos, distracción propia de estos días en que la Iglesia se prepara para el recuerdo de las memorables acciones del Salvador del mundo.

Los teatros no por esto han dejado de verse concurridos; pero donde se ha notado la influencia de las costumbres religiosas, tan arraigadas en la sociedad española, ha sido en las

infinitas reuniones particulares. A los écos del piano, á los voluptuosos aires de walses y de redowas, han sucedido los juegos de sociedad y las amenas conversaciones de labores y modas. ¡Cuántas veces en animados grupos de jóvenes y bulliciosas muchachas, al hojear *El Museo Universal*, *La Mode Illustrée* de M. Didot, ú otras publicaciones llenas de interés por sus grabados, por sus artículos, por sus modas y labores, han brotado sentimientos poéticos al par que sencillos, esas medias palabras que al parecer nada significan para los que las oyen, pero que encierran un mundo de ideas y de fantásticos pensamientos. Mientras aquí se ocupan de cuestiones de actualidad y se preparan trajes de luto para la próxima Semana Santa, allí se recuerdan los graciosos efectos de los peinados y de las flores, que la moda, siempre exigente, indica como de rigor para la asistencia á los conciertos sacros. Las camelias continúan en posesión de sus atractivos, y, hábilmente prendidas, son siempre el adorno mas favorito de las elegantes. La perfumería no por eso se vé rechazada, por mas que deba rendirse tributo á las flores de moda, y el dominio que ejerce entre las personas *comme il faut*, explica la aceptación que obtienen los artículos de Frera, exhalando siempre los mas deliciosos perfumes. Por otra parte, las joyas y alhajas de Samper han continuado atrayendo las miradas de todos, porque es imposible hallar mejor gusto, mas elegancia, ni mas riqueza en los mismos escaparates de la rue Vivienne ni de los boulevares de París. Y al lado de estas perfumerías, de estas joyas y alhajas, tan necesarias para el tocador y la *toilette* del bello sexo, otros artículos no menos necesarios se han visto aceptados y enaltecidos en los días que acaban de transcurrir, porque las bodas celebradas en las ilustres casas de Malpica, y de Santa Coloma, han hecho circular con regia esplendidez entre sus numerosos y distinguidos amigos, innumerables cajas de dulces de formas tan delicadas como suntuosas, y debidas todas al esmero que preside en la *Confitería de Fernandez*, verdadero paraíso de los golosos.

Pero no siempre deben preponderar las modas madrileñas y parisienses, por lo que, si es

cierto que el gusto consiste en la variedad y que los contrastes produzcan siempre cierto efecto, presentamos aquí á nuestras lectoras un adorno de cabeza sumamente original, hecho de filigrana muy bien trabajada y tal como le acostumbran llevar las mujeres italianas, y en particular las aldanas piemontesas. Consiste en una plancha de plata con adornos de filigrana y sienta muy bien á la fisonomía morena y espresiva de las italianas, por lo cual no sentaría menos bien sobre los negros cabellos de las españolas. El adorno de que hablamos es por la parte de abajo de cobre plateado, está guarnecido de pedrería y descende desde el pecho hasta la cintura.

Si de los teatros, de los salones pasamos á ocuparnos de la vida exterior de Madrid, saliendo á respirar el fresco ambiente de las calles, ¿no hallaremos tambien novedades que referir á nuestros suscritores, mejoras que elogiar ó inconvenientes que deplorar en el movimiento de la corte? El piso inmundo y detestable de muchas calles asimila la coronada villa en días lluviosos con la mas humilde aldea. ¡Flaqueza cortesana difícil de evitar, merced al empedrado particular de este gran pueblo! Pero en cambio la Puerta del Sol ve engrandecer sus aceras y terminar su empedrado; las farolas que con elegantes candelabros deben iluminar la gran plaza y corazón de la corte, están próximas á terminarse; por todas partes se abren nuevas tiendas ó se restauran las antiguas, se levantan edificios, se ensanchan las calles y se iluminan con gas, proyectándose la comunicación de diversos barrios por medio de nuevas vías, notándose, por último, en todas partes el espíritu de reformas y de mejoras. Si á estas ventajas no se agregara fatalmente el encarecimiento de todos los artículos mas necesarios para la vida del hombre, indudablemente Madrid, no siendo una población tan vasta como Londres, ni tan húmeda como París, ni tan monótona como Viena, sería la corte mas bonita y mas aceptable de Europa.

ADELA.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR,  
editor responsable.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63 y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.